

El microrrelato, erótica y antología

Javier Perucho

Un compendio antológico es un fenómeno que surge por un conglomerado de acontecimientos literarios y sociales. Literario por la necesidad de legitimar un acervo; histórico por la exigencia de amparar una actividad apegada a una institución de la cultura literaria. El acervo, en el género que nos ocupa —el microrrelato— demanda la recuperación de sus arquitecturas narrativas. La institución de la literatura, a su vez, periódicamente enlista sujetos, narrativas, tendencias y épocas. Reciclar y renovar son tareas obligadas a cargo del antologador.

Toda labor compilatoria tiene como propósitos inventariar, jerarquizar y rescatar. Por esos procesos elabora un inventario de sus activos para convalidar una forma expresiva; de ahí se deriva su legalidad y legitimidad artísticas. Por este emprendimiento selectivo, se recupera del ostracismo las formas expresivas tiradas al panteón de los olvidados para barnizarlos con el espíritu de la época que los reivindica. Las obras y sus pergeñadores son los activos presentes, que conviven con las exclusiones y los valores de una política literaria. Sólo entonces el antologador ordena, sistematiza y jerarquiza la producción literaria.

El teñido ideológico, incluso el disenso y el acuerdo, son parte indiscutible del antologador y sus labores, cuyas tendencias pueden inferirse por la selección propuesta. El es-

tablecimiento del canon finca sus cimientos en estas operaciones.

La institucionalización y posterior canonización del microrrelato se inició en Hispanoamérica elaborando las antologías regionales y monográficas que aparecieron en las dos últimas décadas del siglo xx. Más tarde se emprendió su análisis e historiografía, proceso que aún continúa con descubrimientos y disecciones. En diversos arcos temporales, esto sucedió en Argentina, Chile o España, donde abundan los florilegios que los torrentes de la narrativa breve han alimentado. Dicha tarea siguió manufacturando censos bibliográficos, semblanzas de autores, rescates y ponderaciones críticas. Hoy, este trabajo se encuentra extendiéndose en la selección escrupulosa de la obra literaria de los iniciadores, caudillos y protagonistas que han surcado por la cresta de la microficción.

En México, así sucedió durante el inicio y la recuperación de un género que había sido ignorado por la academia universitaria. Un file representante de ella, Lauro Zavala, fue el pionero en su recuperación y puesta al día en la literatura mexicana. Por la república literaria, los trabajos iniciales de René Avilés Fabila y Edmundo Valadés, aparecidos en la década de los años setenta, fueron la base y el estímulo que abrigaron las propuestas de sus continuadores. Borges y su compendio sobre las formas breves y extraordinarias guiaron el norte literario de ambos artífices de las formas breves.

La crítica llegó más tarde, como suele suceder. Vinieron entonces otros antologadores que buscaban estas minucias narrativas en los espacios local, regional o nacional, surcando una corriente que ya transitaba por el orbe hispanoamericano. Agotado este movimiento, demandaron presencia las antologías temáticas sobre la infancia, la vejez, la violencia de género, los deportes, el erotismo, los espejos, entre un cúmulo mayor de afanes monotemáticos que se han rendido sobre la tradición finisecular del género en Latinoamérica y España.

Las antologías con pretensiones panhispánicas logran su aporte y encomienda justo en este proceso: las acuñadas por Juan Armando Epple, David Lagmanovich y Fernando Valls se encuentran entre las más citadas en la trastienda de la academia, las cuales son seguidas por la panda de escritores afiliados a la internacional de los microficcionalistas.

En México durante la última década, según el censo libresco «El microrrelato mexicano de la última centuria. Una bibliografía de creación», se ha publicado poco más de sesenta trabajos antológicos en libros, revistas y periódicos —las digitales forman otro recuento—. En estricto rigor alfabético, menciono seis con el afán de incluir sólo a las menos conocidas y difundidas:

- Cadena, Agustín y Amélie Olaiz (antologadores), *Cuentos pequeños, grandes lecturas. La minificción explicada a los niños*, Metepec, Cofradía de Coyotes-Instituto Mexiquense de Cultura, 2014, 75 pp. (Serie Arcoiris)
- Chimal, Alberto (selección e introducción), *Historias de Las Historias*, Ciudad de México, Ediciones del Ermitaño, 2011, 144 pp. (Minimalia. Minificción)
- Espejo, Beatriz, *El vuelo del colibrí. Antología de la prosa breve mexicana*, selección de Halina Vela, Ana Rosa Suárez Argüelles, Jesús Gómez Morán, Beatriz Espejo, notas bibliográficas de Jesús Gómez Morán, Ciudad de México, Ediciones Ink, 2016. [Libro electrónico].
- Gameros, Mónica (editora), *El rapidín. Microrrelato iberoamericano*, Ciudad de México, Cascada de Palabras, Cartonera, 2012, s.p.
- Navagómez, Queta (editora), *100 cuentos brevísimos de Latinoamérica*, Ciudad de México, Instituto Politécnico Nacional-Difusión Cultural, 2000, 59 pp. (Cuadernos Politécnicos, 17)
- Osorio, Eduardo (editor), *Los mil y un insomnios. Antología del Festival del Cuento Brevísimos*, Toluca, Centro Toluqueño de Escritores, 2006, 166 pp.
- (Javier Perucho, «El microrrelato mexicano de la última centuria. Una bibliografía de creación», en *Ritmo. Revis-*

ta de Crítica y Creación. Asedios a la microficción mexicana, vol. II, *Palinodia de los animales*, núm. 29, octubre, 2016, pp. 96-115.)

Eros y Afrodita refleja su fulgor en el espejo de los empeños de reunificación arriba señalados. Se trata de una antología que abarca a los creadores de la península y el continente americano. Aunque no se trata de una suma total, esta espiga ya urgía por el tema abocado, la convocante, las personalidades y microuniversos que congrega. Las ausencias —ciertamente, contadas— se explican por la falta de contactos, bibliotecas raquílicas y financiamiento limitado de la investigación —la antología de marras es resultado de una estancia posdoctoral—, aun así, la riqueza de la propuesta supera tales limitantes.

Los tópicos amorios en este compendio desbordan la encrucijada de la cocina, la cama, el automóvil, el hotel, la carnicería; en fin, resaltan los espacios más lúdicos para el ejercicio del fornicón, así como el juego erótico entre madres, hijas, ancianos, amigos imaginarios, juguetes plásticos o el placer solitario que ofrecen las complacencias del autoerotismo.

LA EXCITACIÓN DE LOS MUERTOS

Teresa Serván

La muchacha más joven del pueblo se encarga de adecantar a los muertos. Una vez al mes, con un falda mínima y un escote travieso, recorre el camposanto, y paño en mano, se arrodilla en las tumbas. Mientras frota las piedras sus caderas se agitan a ritmo de bolero. Saca brillo a las lápidas y sus pechos bailan. Los dedos se confunden, se alborotan, se marean, danzan con la bayeta, puliendo el mármol. La tierra late. Revienta las flores fucsias. Y la necrópolis resuma un aire pegajoso. Un olor dulzón cubre la aldea, sumiéndola en un amarillento letargo.

La propuesta de Dina es original, incluyente y obligada. La antología mantiene su originalidad, a pesar de que ya se

dispone en Perú de otra selección semejante, fronteriza en su tratamiento, por la convocatoria y el proceso de selección ejecutados por Alberto Benza y Carolina Cisneros, ambos coordinadores del volumen masculino y femenino, respectivamente: 69, (Lima, Altazor, 2015). Incluyente porque admitió generaciones, técnicas, variaciones temáticas, corrientes, saberes femeninos y ópticas masculinas, tradiciones, pulsiones e ideosincracias. Obligada porque ya era necesario canalizar en un mismo espacio las variantes del erotismo literario, que pululan y andaban dispersas por una multitud de libros recientes o añejos; sin embargo, abundan los microrrelatos inéditos incluidos en *Eros y Afrodita*.

Un ejemplo de prácticas, saberes y espacios femeninos que encontraremos ahí:

ESPAGUETI

Isabel Wagemann

Abro el refrigerador y no veo nada que pueda gustarte. Mantequilla, yogures, media berenjena. ¿Y qué cocino yo con esto? Me limo las uñas, me las pinto. Reviso páginas de comida a domicilio. Voy al baño. Observo mi sexo. Te gusta así, rubio, largo, ensortijado. Y a mí lo que más me gusta es gustarte. No lo pienso más. Está decidido. Pongo la mesa. Ni plato, ni tenedor, ni cuchara. Tan solo unas tijeras.

Alfonso Reyes predicó en un texto fundacional que «toda antología es ya, de suyo, el resultado de un concepto sobre la historia literaria» (Teoría de la antología, OC, xiv, 137). En el caso de Dina, ese concepto de historia literaria se sostiene por sus actividades de unificación del cuento erótico (*Cuentos de dulce voluptuosidad*, 2014) o sus incursiones monográficas sobre el mismo tema (*Eros: juego, poder y muerte. El erotismo femenino en la narrativa de Luisa Valenzuela*, 2011), que sirven como prolongación de su actividad prosística y ensayística, de las que se derivan y solventan sus criterios de selección, formación del gusto y política literaria, expresados o implícitos.

El juego, el descubrimiento, el desafío y la ruptura son algunos de los criterios inferidos por los casos adoptados. La actividad lúdica de los autores y sus narrativas se evidencia en el resultado. El descubrimiento acompaña su lectura, ya sea por el escritor incluido, la minificción seleccionada o el orden amoroso alterado.

MAITINES

Pía Barros

Se desnuda apresurada y se mete a la cama. El sudor se le interna piel adentro y las manos se le van buscándole, todo él deseo y exudación de juventud, la acidez propia de los veinteañeros que la hace otra, deseante y exaltada, soberbia en la lujuria y el abismo. Se retuerce, las sábanas ardiéndole, el goce que viene a inundarlo todo y se ahoga el grito victorioso en la garganta.

Se levanta con una agilidad inconcebible la octogenaria, recoge las sábanas vacías del albergue de Santa Teresa del Niño Jesús, se viste, vuelve a calzarse hábitos y toca blanca, rosario de cuentas, y pone sobre el carrito del lavabo las sábanas de los huéspedes que abandonaron la habitación hace unas horas.

El desafío al imperialismo de las costumbres queda patente en buena porción de los relatos compilados por la escritora sonorensa. Los empeños ardorosos sufre un quebranto, pues las pasiones más ardientes se alteran, los amantes subvierten los órdenes familiar o institucional, además se actualizan las mentalidades con el registro de las sexualidades sondeadas en este agasajo del fornicón. Incluso el amor solitario, ése que se devenga por sí mismo, entona su elegía, además las fantasías sexuales encuentran su redención en este lecho de la minificción, ya dispuesto para nuestro solaz y regocijo.

Dina Grijalva (antóloga), *Eros y Afrodita en la minificción*, prólogo de Francisca Noguero, Ciudad de México, Ficticia, 2016, 228 pp. (Biblioteca de Cuento Contemporáneo, 57)